

El camión

Isaac G. 87



Capítulo 1

Apenas se puede distinguir el camión, todo blanco, de la capa de nieve que cubre la ciudad.

Seis días, el polvo opaco cae continuamente, cubriendo la carretera con una gruesa capa cargada de barro tan pronto como un automóvil raro llega a la ciudad.

La acera está impecable, solo un camino estrecho conduce a los más atrevidos al portón trasero del vehículo. Una cinta helada de nieve llena de pesados □□zapatos estemporada.

Desde mi ventana enmasillada soy testigo del espectáculo inusual. Un ballet en evolución. Nadie en el escenario, y de repente están todos allí, pateando en fila india, en su mayoría jóvenes.

Los niños respiran en sus manos azuladas cuando no están protegiendo a sus compañeros con sus dedos entumecidos, proporcionando un bienestar difuso en el cuerpo y un consuelo en lo más profundo del alma. Algunos castañetean los dientes, pisan el suelo resbaladizo para luchar contra la aprensión, en busca de una ola cálida.

En general, están bien puestos y su apariencia sugiere que están comiendo lo suficiente. No entiendo qué están haciendo con este frío mordaz.

Entran en la cabaña uno por uno, a veces veo a dos cruzar el escalón superior juntos. Luego, tragados por el vehículo, desaparecen para salir unos veinte minutos después. Con la cabeza en alto, parecen bastante felices.

No sé qué sucede con el tráfico, ni quienes están involucrados.

El camión está atascado al costado de la calle, en un pueblo dormido y sin vida. Solo estos hombres y mujeres animan un paisaje petrificado por la eternidad. Pueblo fantasma de otra época, surgido repentinamente del limbo por una comunidad moderna.

Quizás se trate de una secta.

El silencio acolchado, casi solemne, a veces se divide en un alboroto o una risa en cascada. Al menos no sienten dolor. Y para mí el misterio se espesa con la regla que sigue aplastando la ciudad.

Limpio la niebla de mi ventana con una manga, impaciente cuando no puedo verlos. Observo las horas de menor actividad que aprovecho para hacer las cosas pero muy rápido, retomo mi puesto de vigía.

El ritmo de las llegadas se ralentiza y me doy un capricho, el flujo aumenta y acuño el cojín de mi silla para no perderme un poco de la trama. Apagué la televisión para evitar distracciones innecesarias, hasta que la serie me aburrió.

Y el gato maúlla, creo de hambre.

Tengo ganas de contactar a las autoridades. Señale los eventos sombríos de los que soy testigo fiel.

Así que busco en mi mente sobrecalentada las palabras y la razón conmigo mismo, sin saber por dónde empezar mi historia. Mientras enumero mis observaciones, la angustia abrazó mi estómago nuevamente.

Saco el ojo, hago las cuentas, tranquilo de contar tantas almas en la salida como vi entrar.

Pero tal vez estén en peligro, luchando con un loco peligroso. En el periódico leemos varios hechos que hacen estremecer. Tanto horror en el mal. La imaginación de los hombres no tiene límites. Son peores que el propio Diablo.

Entonces me atrevo a un pensamiento dudoso.

Si alguna vez entre las hojas de este camión pasaban cosas que la moral desaprobaba. Toda esta juventud depravada, no puedo creerlo. A menos que los obliquemos.

Una banda de matones, quizás una red. O el hambre que los empujaría a vender sus cuerpos. Vivimos en un mundo extraño.

Esta mañana el clima es cálido, la nieve comienza a derretirse.

El camión salió de la plaza, dejando un gran rectángulo de antracita sobre el asfalto.

Enciendo la radio y tomo mi pan. En la cocina, aroma de frito y lechuga amarga.

El periodista agradece a la población, especialmente a los jóvenes, que ofrecieron espontáneamente su sangre tras un grave accidente de tráfico.

La recaudación de fondos ha salvado muchas vidas.

Lo dije, todavía hay gente buena.